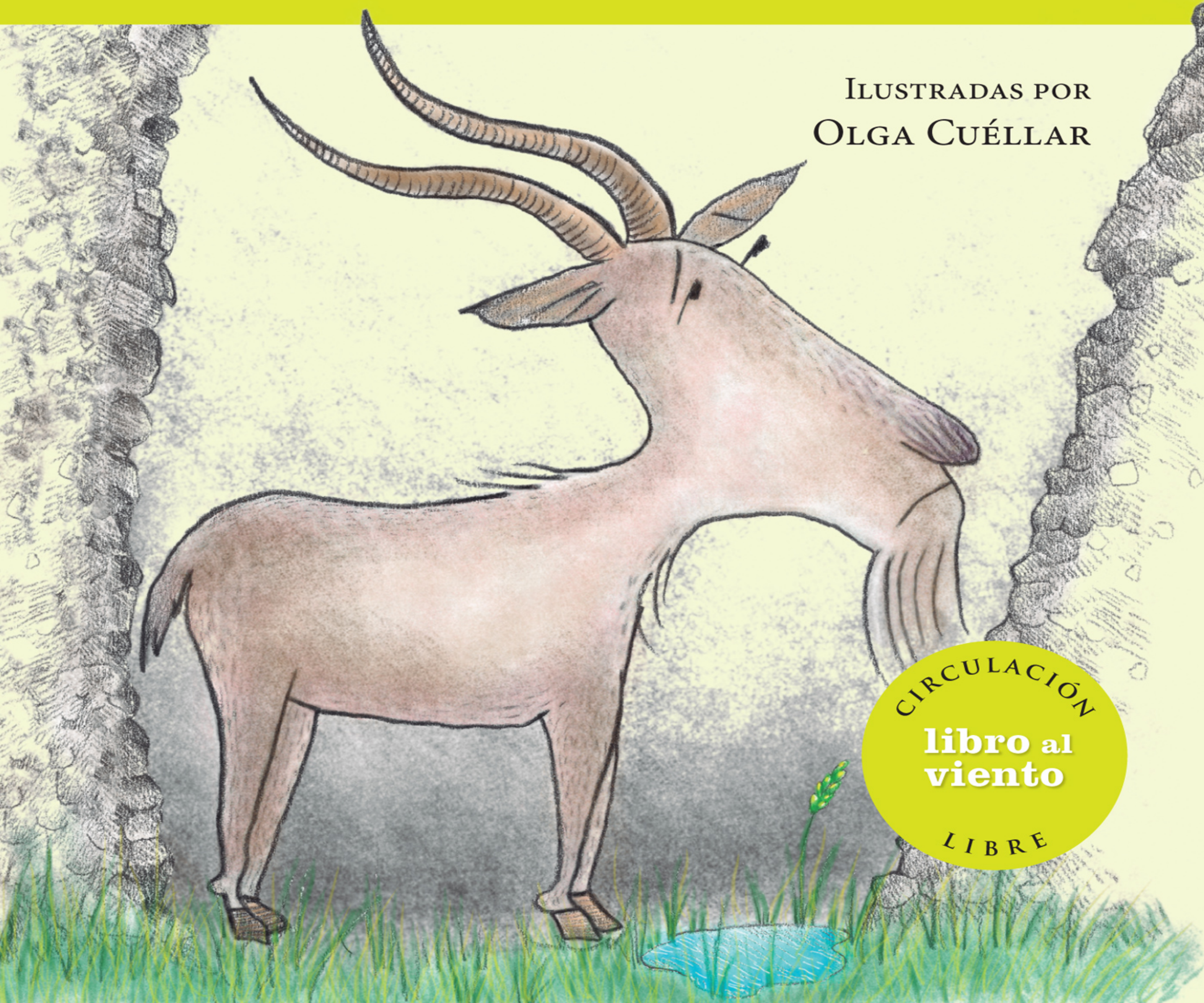
Fábulas de La Fontaine



10 AÑOS libro al viento

Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Fábulas de La Fontaine

Ilustradas por
Olga Cuéllar



Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento, Director de Lectura y Bibliotecas

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Javier Rojas Forero, Mariana Jaramillo Fonseca, Carlos Ramírez Pérez, Equipo del Área de Literatura

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
Adriana Elizabeth González Sanabria, Directora de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Diana Carolina Rey Quintero, Coordinadora de Ferias y Comercio Exterior

Primera edición: Bogotá, marzo de 2015
Traducción de Teodoro Llorente (1836-1911).
© De la edición: Instituto Distrital de las Artes – IDARTES.
© Olga Cuéllar, por las ilustraciones, 2015

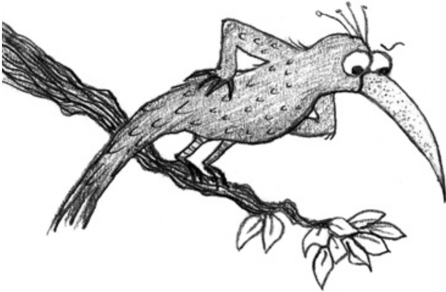
Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-11-7 (impreso)
ISBN 978-958-8898-12-4 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico + diagramación: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido



Jean de La Fontaine

Jean de La Fontaine, el hijo mayor de Charles de La Fontaine, maestro de aguas y bosques –una especie de inspector rural–, y Françoise Pidoux, viuda de un negociante de Coulommiers, nació en Château-Thierry, Francia, el 8 de julio de 1621, en el hotel que sus padres habían comprado cuatro años antes. Aunque no tenían abolengos, los de La Fontaine vivían sin estrecheces económicas.

Son pocos los datos que se tienen acerca de sus primeros años. En 1641, después de haber cursado sus primeros estudios en una escuela de Château-Thierry y hasta tercer año en un colegio de París, se siente orientado hacia la carrera eclesiástica y entra al Seminario del Oratorio. Dieciocho meses más tarde renuncia a su carrera religiosa, pues para él eran más interesantes *La Astrea*, novela pastoril de Honoré d'Urfé muy famosa en la época, y las obras de Rabelais, que los escritos de San Agustín. Poco después descubriría las *Odas* de François de Malherbe, que tendrían un profundo efecto sobre su vocación literaria.

En 1645 entra a estudiar derecho, donde frecuenta un círculo de jóvenes poetas, los Caballeros de la Mesa Redonda, entre los que se encuentra su amigo de infancia Antoine Furetière, así como François Charpentier, François de Maucroix y Paul Pellison, en cuya casa se efectuaban las reuniones.

A finales de 1647 su padre le organiza un matrimonio de conveniencia con Marie Héricart, hija de un teniente civil y penal en la alcaldía de La Ferté-Milon, pariente de Jean Racine. Ella tiene catorce años; él, veintiséis. Ella era una lectora voraz de novelas, ausente, a quien le hacían mala fama los enemigos de La Fontaine; él pasaba mucho tiempo fuera, no precisamente guardando fidelidad a sus votos maritales. Además trabajaba desde 1652 como vigilante general de bosques y ríos, cargo que había heredado de su padre. A los seis años de matrimonio tuvieron un hijo, Charles, que estuvo prácticamente al cuidado de la madre desde que Jean partió para París, en 1657, contratado por Fouquet.

Cuatro años antes, el rey Luis XIV había puesto al frente de la Superintendencia General de Finanzas a Nicolás Fouquet, vizconde de Melun, vizconde de Vaux y marqués de Belle-Îlle. La función del Superintendente de Finanzas era ordenar los gastos del Estado, y en ese momento las arcas no estaban llenas. Fouquet se rodea de una pequeña corte de escritores, entre los que se encuentra Molière, Madame de Sévigné y La Fontaine. Fouquet le asigna al futuro fabulista una pensión a cambio de entregarle por cada pago una obra.

En 1653, Fouquet manda a construir su magnífico Château de Vaux-le-Vicompte, un palacio estilo barroco para el que contrató a los mejores artistas de la época: el arquitecto Luis Le Vau, el pintor Charles Le Brun y el paisajista André Le Nôtre. El 17 de agosto de 1661, Fouquet organiza en honor de Luis XIV las *Fiestas de Vaux* en sus lujosos aposentos. La corte en pleno asistió, hubo un banquete para 600 invitados para el que contrató al famoso chef François Vatel, quien pasaría a la historia culinaria entre otras cosas por la invención de la crema Chantilly. Ahí mismo se estrenó la obra de Molière *Facheux*, escrita expresamente para la ocasión. Todo terminó con un gran show de fuegos artificiales. Amén de que para el Superintendente de Finanzas ya no soplaban buenos vientos políticos, Luis XIV se enfurece al ver tanto esplendor en el Château de Vaux mientras que sus propiedades están vacías y descuidadas. Diecinueve días más tarde, el 5 de septiembre, Fouquet es arrestado por malversación de fondos. La Fontaine pierde su pensión, pero sigue siendo leal a su protector: en 1662 publica anónimamente la *Elegía a las ninfas de Vaux*, donde se lamenta de la suerte sufrida por Fouquet, y en enero del 63 escribe una *Oda al rey* para que éste la envíe y consiga ablandar el corazón de Luis XIV, pero el corazón de los reyes no se ablanda con poesía.

En 1664 entra a la corte de Marie-Anne Mancini, Duquesa de Bouillon, y es nombrado sirviente gentilhombre por Margarita de Lorena, Duquesa de Orleans, quien le brinda alimentación y una pensión anual de 200 libras. Ese año publica sus *Nouvelles en vers tirées de Boccace et de l'Arioste*, y frecuenta regularmente a Molière, Boileau, Racine, Chapelle y Furetière.

Si bien La Fontaine recibía cierto reconocimiento literario, no fue hasta la publicación en 1668 de sus *Fables choisis mises en vers* que pasó a la historia de la literatura. El hasta entonces poeta y dramaturgo había vertido

124 fábulas de Esopo al verso francés, en seis tomos. Tenía 47 años cuando encontró el género que lo haría mundialmente famoso.

En 1672 muere la duquesa de Orleans y La Fontaine pierde su cargo de sirviente gentilhombre. Pero a él nunca le faltaron protectores: al año siguiente, Madame de La Sablière (nacida Marguerite Hessein), una aristócrata culta de treinta y tres años que vivía separada de su marido y de sus hijos desde 1668, amante del marqués de La Fare, lo recibe en su hotel de la rue Neuve-des-Petits Champs. El fabulista acompañará a su protectora durante veinte años, hasta la muerte de ella el 6 de enero de 1693. Después fue pensionado y recibido en largas temporadas por la familia Herwarth.

La segunda publicación de sus fábulas, que incluye los tomos del 7 al 11, vio la luz en 1677. En esta entrega, La Fontaine varía sus fuentes: acude al fabulista indio Pilpay, cuyos textos habían sido traducidos al francés por el jesuita Pierre Poussines y publicados en 1666 con el título *Livre des lumières*.

El 15 de noviembre de 1683, La Fontaine es elegido en la Academia Francesa por 16 votos contra 7, pero Luis XIV suspende los efectos de esa elección debido a la anterior defensa y lealtad del fabulista con Fouquet, su antiguo benefactor, quien había muerto el 23 de marzo de 1680 mientras era prisionero en la fortaleza de Pignerol. El veto real se levantó al año siguiente; según el abate de Olivet, el rey habría dicho que La Fontaine «prometió ser sensato». Fue un académico aplicado, estuvo en contra de su amigo Furetière, expulsado en 1685 cuando publicó su propio diccionario de la lengua, y en la querella de los antiguos y los modernos que desató Perrault el 27 de enero de 1687, La Fontaine se decantó por los antiguos y defendió la tradición clásica como modelo, en contra de la búsqueda de nuevas formas que promovían los modernos. El primero de septiembre de 1693 publicó el tomo número 12 de sus Fábulas. Murió el 13 de abril de 1696.

Esta edición

Este Libro al Viento número 105 contiene 35 fábulas en traducción de don Teodoro Llorente.

De entre los traductores clásicos de La Fontaine cabe destacar a don Bernardo María de la Calzada, quien también tradujo a Voltaire y Diderot.

De la Calzada vertió al verso castellano las *Fábulas morales* y las publicó en dos tomos, en el año 1787. En 1885 apareció la traducción en prosa del poeta valenciano Teodoro Llorente Olivares. También debemos mencionar la traducción de 1916 que hizo el poeta postmodernista Enrique Díaz Canedo para la editorial Calleja.

Elegimos las versiones de Teodoro Llorente, pues de La Calzada se toma bastantes licencias en procura de la rima y Díaz Canedo abrevia y simplifica las fábulas originales. La traducción de Llorente es más completa que la de Díaz Canedo, y más clara que la de La Calzada. Su tono logra cierta transposición del estilo, cierta resonancia que por estar en prosa es menos obvia pero quizá más ceñida a los originales de La Fontaine. Además conserva ese gusto antiguo que deben tener estas fábulas en otro idioma.

Los dibujos de Olga Cuéllar, que ya había ilustrado las Fábulas de Samaniego, Libro al Viento 94, dan continuidad a nuestra colección de fabulistas.

FUENTES

LA FONTAINE, Jean de, *Fables*, tomo 1, libros del I al VI. Prólogo y estudio general de MICHEL, pierre y MARTIN, Maurice. Bordas, París, 1985.

LA FONTAINE, Jean de, *Fables, contes et nouvelles*, texto de las fábulas establecido y anotado por GROS, René. Prefacio de PILON, Edmond y GROS, René, Gallimard, 1954.

LA FONTAINE, Jean de, *Fábulas escogidas puestas en verso*, traducción de DE LA CALZADA, Bernardo María, prólogo de MESTAS, Jorge A., Mestas Ediciones, 2001.

LA FONTAINE, Jean de, *Las fábulas de La Fontaine*, escogidas y traducidas en verso por DÍAZ CANEDO, E., Madrid, Editorial Calleja, s.f.

LA FONTAINE, Jean de, *Fábulas de La Fontaine*, ilustradas por Gustavo Doré, traducción de LLORENTE, Llorente, Ediciones Gustavo L. López, México, 1944.

OZAETA GÁLVEZ, Ma. Rosario, «Bernardo María de Calzada, traductor de La Fontaine», en *Anales de filología francesa*, n° 12, 2003-2004, Universidad de Murcia, pp. 333-355.

Fábulas de La Fontaine





La cigarra y la hormiga

La Cigarra, después de cantar todo el verano, se halló sin vituallas[1] cuando comenzó a soplar el cierzo: ¡ni una ración fiambre de mosca o de gusanillo!

Hambrienta, fue a lloriquear en la vecindad, a casa de la Hormiga, pidiéndole que le prestase algo de grano para mantenerse hasta la cosecha.

—Os lo pagaré con las setenas –le decía–, antes de que venga el mes de agosto.

La Hormiga no es prestamista: ese es su menor defecto.

—¿Qué hacías en el buen tiempo? –preguntó a la pedigüeña.

—No quisiera enojaros –contestole–, pero la verdad es que pasaba cantando día y noche.

—¡Bien me parece! Pues, mira: así como entonces cantabas, baila ahora.

[1] Véase el Glosario.

El cuervo y el zorro

Estaba un señor Cuervo posado en un árbol, y tenía en el pico un queso. Atraído por el tufillo, el señor Zorro le habló en estos o parecidos términos:

—¡Buenos días, caballero Cuervo! ¡Gallardo y hermoso sois en verdad! Si el canto corresponde a la pluma, os digo que entre los huéspedes de este bosque sois vos el Ave Fénix.





Al oír esto el Cuervo, no cabía en la piel de gozo, y para hacer alarde de su magnífica voz, abrió el pico, dejando caer la presa. Agarrola el Zorro, y le dijo:

—Aprended, señor mío, que el adulador vive siempre a costas del que le atiende: la lección es provechosa; bien vale un queso.

El Cuervo, avergonzado y mohíno, juró, aunque algo tarde, que no caería más en el garlito.

La rana que quiso hincharse como un buey

Vio cierta Rana a un Buey, y le pareció bien su corpulencia. La pobre no era mayor que un huevo de gallina, y quiso, envidiosa, hincharse hasta igualar en tamaño al fornido animal.



—Mirad, hermanas –decía a sus compañeras–, ¿es bastante? ¿No soy aún tan grande como él?

—No.

—¿Y ahora?

—Tampoco.

—¡Ya lo logré!

—¡Aún estás muy lejos!

Y el bichuelo infeliz hinchose tanto, que reventó.

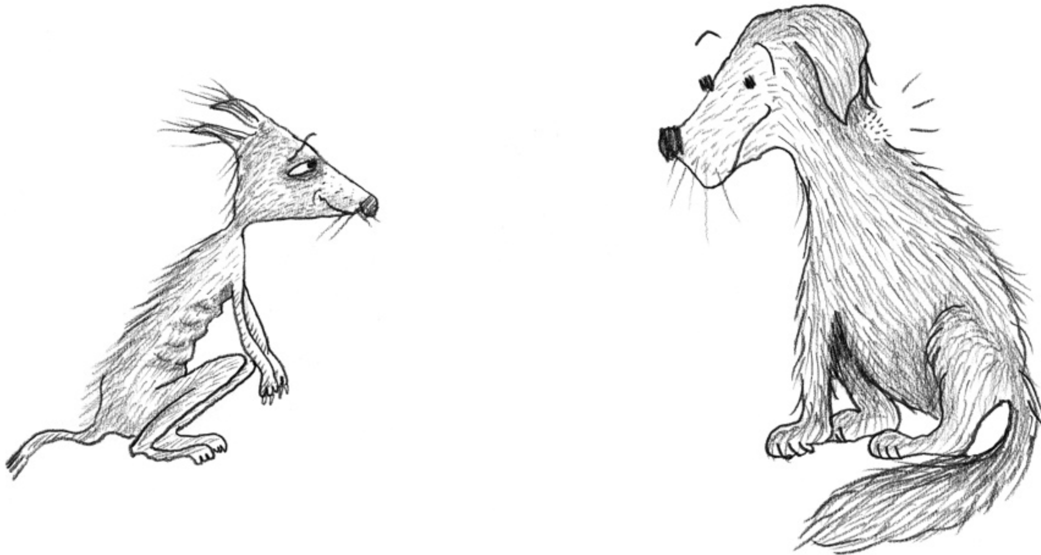


Lleno está el mundo de gentes que no son más avisadas. Cualquier ciudadano de la medianía se da ínfulas de gran señor. No hay principillo que no tenga embajadores. Ni encontraréis marqués alguno que no lleve en pos tropa de pajes.

El lobo y el perro

Era un Lobo, y estaba tan flaco, que no tenía más que piel y huesos: tan vigilantes andaban los perros de ganado. Encontró a un Mastín, rollizo y lustroso, que se había extraviado. Acometerlo y destrozarlo, cosa es que hubiese hecho de buen grado el señor Lobo; pero había que emprender singular batalla, y el enemigo tenía trazas de defenderse bien.

El Lobo se le acerca con la mayor cortesía, entabla conversación con él, y le felicita por sus buenas carnes.



—No estáis tan lucido como yo, porque no queréis –contesta el Perro–: dejad el bosque; los vuestros, que en él se guarecen, son unos desdichados, muertos siempre de hambre. ¡Ni un bocado seguro! ¡Todo a la ventura! ¡Siempre al atisbo de lo que caiga! Seguidme, y tendréis mejor vida.

Contestó el Lobo:

—¿Y qué tendré que hacer?

—Casi nada –repuso el Perro–: acometer a los pordioseros y a los que llevan bastón o garrote; acariciar a los de casa, y complacer al amo. Con tan poco como es esto, tendréis por gajes buena pitanza, las sobras de todas las comidas, huesos de pollos y pichones; y algunas caricias, por añadidura.

El Lobo, que tal oye, se forja un porvenir de gloria, que le hace llorar de gozo.

Camino haciendo, advirtió que el Perro tenía en el cuello una peladura.

—¿Qué es eso? –preguntole.

—Nada.

—¡Cómo nada!

—Poca cosa.

—Algo será.

—Será la señal del collar a que estoy atado.

—¡Atado!, exclamó el Lobo: pues ¿qué? ¿No vais y venís a donde queréis?

—No siempre, pero eso, ¿qué importa?

—Importa tanto, que renuncio a vuestra pitanza, y renunciaría a ese precio el mayor tesoro.

Dijo, y echó a correr. Aún está corriendo.



La ternera, la cabra y la oveja, en compañía del León

La Ternera, la Cabra y la Oveja hicieron compañía, en tiempos de antaño, con un fiero León, señor de aquella comarca, poniendo en común pérdidas y ganancias.



Cayó un ciervo en los lazos de la Cabra, y al punto envió la res a sus socios. Presentáronse éstos, y el León sacó las cuentas.

—Somos cuatro para el reparto –dijo, despedazando a cuartos el ciervo, y hechas partes, tomó la primera, como rey y señor–. No hay duda –dijo– en que debe ser para mí, porque me llamo León. La segunda me corresponde también de derecho: ya sabéis cuál derecho, el del más fuerte. Por ser más valeroso, exijo la tercera. Y si alguno de vosotros toca la cuarta, en mis garras morirá.





El ratón de ciudad y el de campo

Cierto día un Ratón de la ciudad convidó a comer muy cortésmente a un Ratón del campo. Servido estaba el banquete sobre un rico tapiz: figúrese el lector si lo pasarían bien los dos amigachos.

La comida fue excelente: nada faltaba. Pero tuvo mal fin la fiesta. Oyeron ruido los comensales a la puerta: el Ratón ciudadano echó a correr; el Ratón campesino siguió tras él.



Cesó el ruido: volvieron los dos Ratones:

—Acabemos –dijo el de la ciudad.

—¡Basta ya! –replicó el del campo–. ¡Buen provecho te hagan tus regios festines! no los envidio. Mi pobre pitanza la engullo sosegado, sin que nadie me inquiete. ¡Adiós, pues! Placeres con zozobra poco valen.

Un hombre de cierta edad y sus dos amantes

Un hombre de edad madura, más pronto viejo que joven, pensó que era tiempo de casarse. Tenía el riñon bien cubierto, y por tanto, dónde elegir; todas se desvivían por agradarle. Pero nuestro galán no se apresuraba. Piénsalo bien, y acertarás.



Dos viuditas fueron las preferidas. La una, verde todavía; la otra, más sazonada, pero que reparaba con auxilio del arte lo que había destruido la naturaleza. Las dos viuditas, jugando y riendo, le peinaban y arreglaban la cabeza. La más vieja le quitaba los pocos pelos negros que le quedaban, para que el galán se le pareciese más. La más joven, a su vez, le arrancaba las canas; y con esta doble faena, nuestro buen hombre quedó bien pronto sin cabellos blancos ni negros.

—Os doy gracias –les dijo–, oh señoras mías, que tan bien me habéis trasquilado. Más es lo ganado que lo perdido, porque ya no hay que hablar de bodas. Cualquiera de vosotras que escogiese, querría hacerme vivir a su gusto y no al mío. Cabeza calva no es buena para esas mudanzas: muchas gracias, pues, por la lección.



GRAN CONSEJO CELEBRADO POR LAS RATAS

Micifuf, gato famoso, hacía tal estrago en las Ratas, que apenas se veía alguna que otra: la mayor parte estaba en la sepultura. Las pocas que quedaban vivas, no atreviéndose a salir de su escondrijo, pasaban mil apuros: y para aquellas desventuradas, Micifuf no era ya un gato, sino el mismísimo diablo.

Cierta noche que el enemigo tuvo la debilidad de ir en busca de una gata, con la cual se entretuvo en largo coloquio, las Ratas supervivientes celebraron consejo en un rincón, para tratar de los asuntos del día. La Rata decana, que era Rata de pro, dijo que cuanto antes había que poner a

Micifuf un cascabel al cuello: así, cuando fuese de caza, le oirían venir y se meterían en la madriguera. No se le ocurría otro medio. A todas les pareció excelente. No había más que una dificultad: ponerle el cascabel al gato. Decía la una:

—Lo que es yo, no se lo pongo; no soy tan tonta.



—Pues yo tampoco me atrevo –replicaba la otra.

Y sin hacer nada, disolvióse la asamblea.



¡En cuántas juntas y reuniones pasa lo mismo! ¿Hay que deliberar y discutir? Por todas partes surgen consejeros. ¿Hay que hacer algo? No contáis ya con nadie.

La perra y su compañera

Hallábase una Perra de presa en estado interesante, y no sabiendo dónde cobijarse para salir de él, consiguió de una compañera que le dejase entrar en su cubil por breve tiempo.



Al cabo de algunos días, vio volver a la amiga, y con nuevos ruegos le pidió que prorrogase el plazo una quincena. Los cachorrillos apenas podían andar; y con estas y otras razones, logró lo que quería.

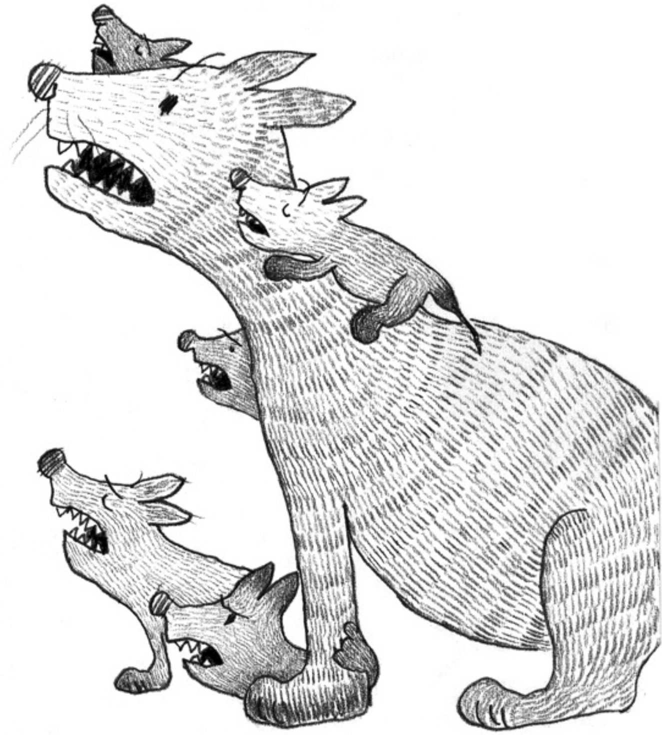
Pasó la prórroga, y la compañera volvió a pedirle su casa, su hogar y su lecho. Esta vez la Perra le enseñó los dientes, diciendo:

—Saldré, con todos los míos, cuando nos echéis de aquí.

Eran ya crecidos los cachorros.



Si das algo a quien no lo merece, lo llorarás siempre. No recobrarás lo que prestas a un tuno, sin andar a palos. Si le alargas la mano, tomará el brazo.

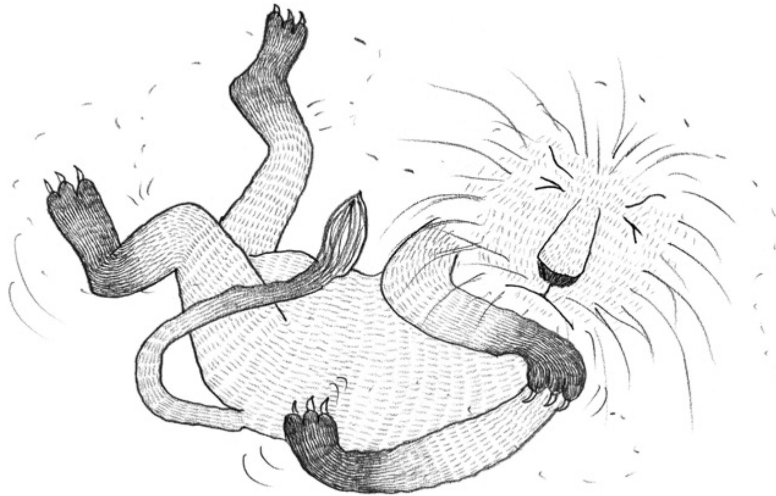


El león y el mosquito

—¡Vete, bicho ruin, engendro inmundo del fango!

Así denuesta el León al Mosquito. Este le declara guerra.

—¿Piensas –exclama–, que tu categoría real me asusta o intimida? Más corpulento que tú es el Buey, y le conduzco a mi antojo.



Dice, y él mismo suena el toque de ataque, trompetero y paladín a la vez. Hácese atrás, toma carrera, y se precipita sobre el cuello del León. La fiera ruge, relampaguean sus pupilas, llénasele la boca de espumarajos. Gran alarma en aquellos contornos; todos tiemblan, todos se esconden; ¡y el pánico general es obra de un mosquito! El diminuto insecto hostiga al regio animal por todos lados; tan pronto le pica en el áspero lomo como en los húmedos hocicos, o se le mete en las narices. Entonces llega al colmo la rabia del León. Y su invisible enemigo triunfa y ríe, al ver que ni los colmillos ni las garras le bastan a la irritada fiera para morderse y arañarse.

El rey de los bosques se hiere y desgarra él mismo; golpea sus flancos con la resonante cola; azota el aire a más no poder; y su propio furor le fatiga y le abate.

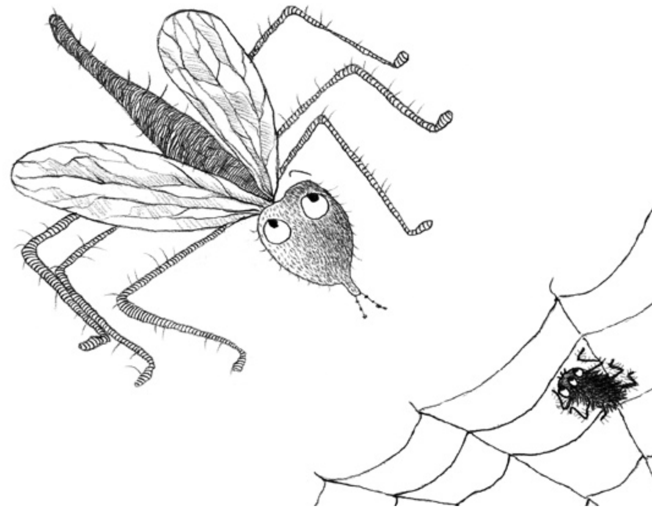
El Mosquito se retira de la pelea triunfante y glorioso: con el mismo clarín que anunció el ataque, proclama la victoria; corre a publicar por todas

partes la fausta nueva; pero da en la emboscada de una araña, y allí tienen fin todas sus proezas.





¿Qué lecciones nos da esta fabulilla? Dos veo en ella; primera, que el enemigo más temible suele ser el más pequeño; segunda, que después de vencer los mayores peligros, sucumbimos a veces ante el menor obstáculo.



LOS DOS ASNOS: UNO CARGADO DE ESPONJAS Y OTRO DE SAL

Empuñando triunfalmente el cetro, como un emperador romano, conducía un humilde arriero dos soberbios corceles, de aquellos cuyas orejas miden palmo y medio. El uno, cargado de esponjas, iba tan ligero como la posta; el otro, a paso de buey: su carga era de sal. Anda que andarás, por sendas y vericuetos, llegaron al vado de un río, y se vieron en gran apuro. El arriero, que pasaba todos los días aquel vado, montó en el asno de las esponjas, arreando delante al otro animal. Era este antojadizo, y yendo de aquí para allá, cayó en un hoyo, volvió a levantarse, tropezó de nuevo, y tanta agua tomó, que la sal fue disolviéndose, y pronto sintió el lomo aliviado de todo cargamento.



Su compinche, el de las esponjas, quiso seguir su ejemplo, como asno de reata; zambullose en el río, y se empaparon de agua todos: el Asno, el arriero y las esponjas. Estas hiciéronse tan pesadas, que no pudo ganar la orilla la pobre cabalgadura. El mísero arriero abrazábase a su cuello, esperando la muerte. Por fortuna, acudió en su auxilio no sé quién; pero lo ocurrido basta para comprender que no conviene a todos obrar de la misma manera.

Y esa es la conclusión de la fábula.



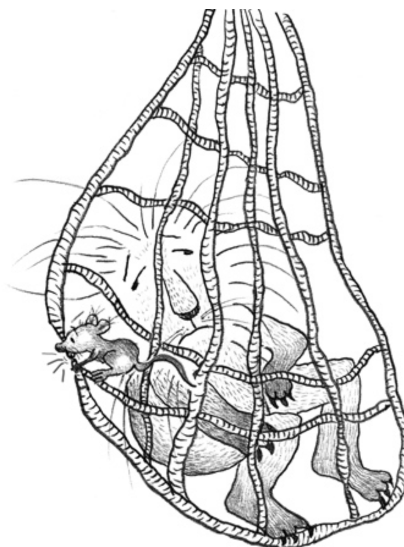
El león y el ratoncillo

Importa favorecer y obligar a todos. Muchas veces puede sernos útil la persona más insignificante. Dos fábulas puedo alegar en apoyo de esta máxima: tanto abundan las pruebas.





Un Ratoncillo, al salir de su agujero, viose entre las garras de un León. El Rey de los animales, portándose en aquel caso como quien es, perdonole la vida. No fue perdido el beneficio. Nadie creería que el León necesitase al Ratoncillo; sucedió, sin embargo, que, saliendo del bosque, cayó el valiente animal en unas redes, de las que no podía librarse a fuerza de rugidos. El Ratoncillo acudió, y royendo una de las mallas, dejó en libertad al selvático monarca.



En todas las cosas, no hay que mirar tanto la entrada como la salida.

Paciencia y constancia consiguen a veces más que la fuerza y el furor.

El gallo y el zorro

Estaba de centinela en la rama de un árbol cierto Gallo experimentado y ladino:

—Hermano –díjole un Zorro con voz meliflua—, ¿para qué hemos de pelearnos? Haya paz entre nosotros. Vengo a traerte tan fausta nueva; baja, y te daré un abrazo. No tardes: tengo que correr mucho todavía. Bien podéis vivir sin zozobra, Gallos y Gallinas: somos ya hermanos vuestros. Festejemos las paces; ven a recibir mi abrazo fraternal.

—Amigo mío –contestó el Gallo–: no pudieras traerme nueva mejor que la de estas paces; y aun me complacen más, por ser tú el mensajero. Desde aquí diviso dos lebreles, que sin duda son correos de feliz noticia: van aprisa y pronto llegarán. Voy a bajar: serán los abrazos generales.



—¡Adiós! –dijo el Zorro–: es larga hoy mi jornada; dejemos los plácemes para otro día.

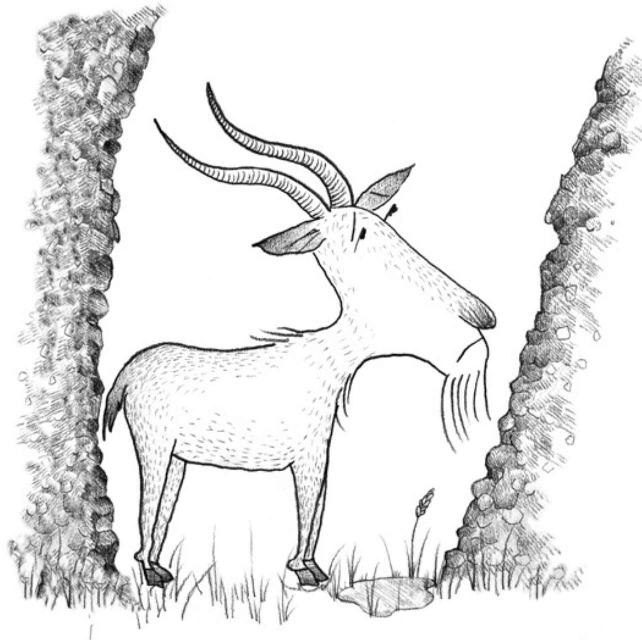
Y el bribón, contrariado y mohíno, tomó las de Villadiego. El Gallo machucho echó a reír, al verlo correr todo azorado, porque no hay gusto

mayor que engañar al engañoso.

El zorro y el chivo

El señor Zorro iba acompañado de un Chivo, amigo suyo, gallardo y de torcidos cuernos, pero de muy cortos alcances. Obligoles la sed a bajar a un pozo, donde bebieron a sus anchas. Satisfecha la necesidad, dijo el Zorro al Chivo:

—¿Qué haremos, compadre?, la dificultad no estaba en beber, sino en salir de aquí. Levanta las patas y también los cuernos; apóyalos contra el muro; a lo largo de tu espinazo subiré yo primero, treparé después sobre la cornamenta, y de esta manera llegaré a la boca del pozo. Una vez arriba, yo te sacaré.



—¡Por mis barbas! –dijo el Chivo–, que es buena ocurrencia la tuya, y por ella te felicito. Nunca hubiera tenido yo tan feliz idea.

Salió el Zorro del pozo, dejó en él a su camarada, y le hizo un buen sermón para que se conformase.

—Si Dios te hubiese dado tan largos los alcances como la chotera, no te hubieras metido en el pozo a tontas y a locas. ¡Adiós!



pues; yo estoy ya fuera; sal como puedas, porque tengo cierto negocio que no me deja detenerme.



En todas las cosas, no hay que mirar tanto la entrada como la salida.

La rana y el ratón

Muchas veces, quien trata de engañar a otro, se engaña a sí mismo.

Un Ratón, lucido y panzudo, que no conocía Adviento ni Cuaresma, solazábase a orillas de un pantano. Acercósele una Rana, y le dijo en su lengua:

—Ven a verme mañana; tendrás un buen banquete.

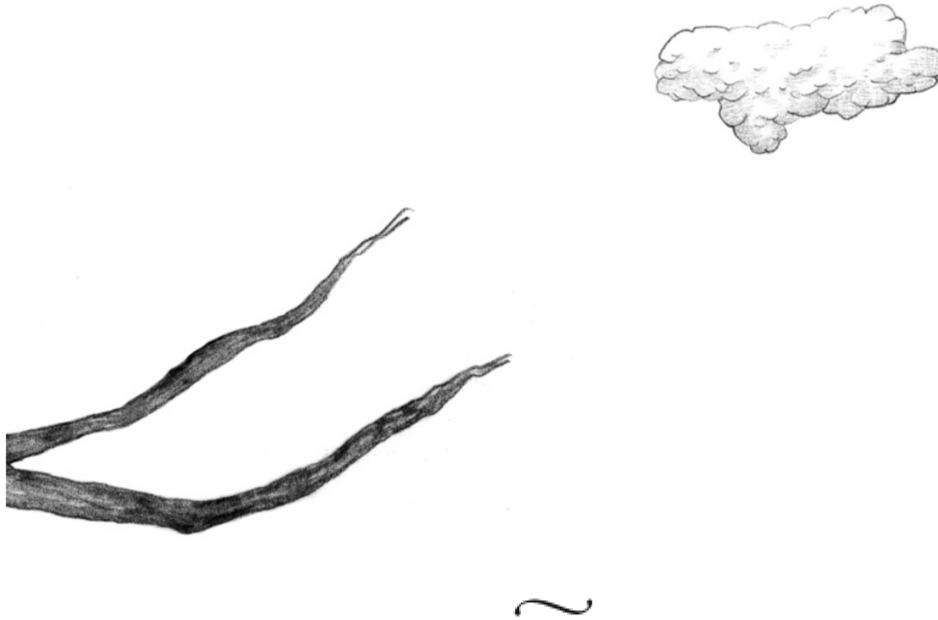
El Ratón accedió desde luego; no tenía necesidad la Rana de insistir más. A pesar de ello, alegó las delicias del baño, el placer del viaje, las muchas cosas que había en el pantano, dignas de verse. Algún tiempo podría contar su huésped a sus nietezuelos las bellezas de aquellos sitios, las costumbres de sus habitantes y el gobierno de la acuática república. Sólo había un inconveniente para el Ratón; nadaba algo, pero necesitaba ayuda. La Rana encontró pronto el remedio: ató a sus patas traseras las delanteras de él: un junco tierno y flexible sirvió para el caso.



Dentro ya del charco, nuestra buena comadre se esfuerza en echar al fondo a su compadre, sin reparar en el derecho de gentes ni en la fe jurada. No pensaba más que en las sabrosas tajadas que haría de su víctima, y ya se

relamía los hocicos. El pobre Ratón invocaba a todos los dioses; pero la Rana se mofaba de él.

Tirando la una y resistiendo el otro, acertó a verlos peleándose en el agua un milano que en los aires se cernía. Arrójase sobre el Ratón, llévaselo entre sus garras, y tras el Ratón el lazo de junco, y tras el lazo de junco, la mismísima Rana. ¡No le vino mal al ave rapaz la doble presa! Tuvo para cenar carne y pescado.



~

La añagaza más astuta es a veces la ruina de quien la inventó. La perfidia se vuelve con frecuencia contra el mismo pérfido.

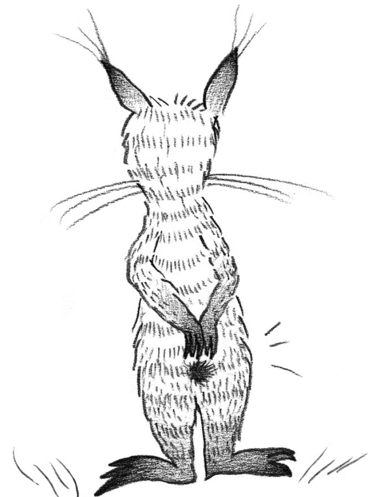
El zorro de la cola cortada



Un Zorro machucho y de los más ladinos, gran destripador de pollos, gran cazador de conejos, cayó por fin en una trampa; y aun tuvo suerte, porque, al fin y al cabo, escapó de ella, dejando allí la cola. Habiéndose salvado, pues, y deseando, para ocultar su vergüenza, ver desrabados a todos sus semejantes, un día que los Zorros celebraban consejo:

—De qué nos sirve, dijo, este peso inútil que llevamos arrastrando por los senderos fangosos? ¿Para qué queremos la cola? Hay que cortarla. Si me creéis, hacedlo.

—Bueno es el consejo –dijo uno de los de la junta–, pero haced el favor de volveros, y se os contestará.



Y al decir esto, estalló tal rechifla y algazara, que el pobre rabón no pudo dejarse oír. Inútil era proseguir. La moda de la cola continuó, y aún dura.

El caballo y el lobo

En la estación en que los blandos céfiros hacen verdear los campos, y todos los animales dejan la madriguera para buscarse la vida, cierto Lobo divisó a un Caballo que habían soltado en la pradera. ¡Qué alegría! «¡Buena caza se prepara!, dijo entre sí: ¡lástima que no seas borrego!, caerías en seguida en mis garras. Contigo, tendré que apelar al ardid. Veamos, pues». Y así diciendo, acercose pasito a paso. Fingiose alumno de Hipócrates y le dijo que conocía las virtudes de todas las yerbas de aquel prado, y sabía curar toda clase de alifafes. Si el señor Corcel se dignaba decirle cuál era su dolencia, él, Lobo, le curaría gratis *et pro Deo*, porque verle pastando suelto en aquel paraje era, según la ciencia, indicio seguro de alguna enfermedad.



—Lo que yo tengo es un tumor en la pata.

—No hay parte del cuerpo más propensa a males. Tengo el honor de asistir a los señores Caballos; soy también cirujano.

El bribón no pensaba más que en ganar tiempo para caer sobre su presa. Pero el Rocín, que lo veía venir, diole tal par de coces, que le hizo añicos las quijadas. «Merecido lo tengo», dijo para sus adentros el Lobo

atribulado, «zapatero, a tus zapatos; ¿por qué me metí a herbolario, si no soy más que cortante?»

La gallina de los huevos de oro

La avaricia rompe el saco. Para probarlo me basta el ejemplo de la Gallina que, según cuenta el Apólogo, ponía huevos de oro. Su dueño creyó que tenía un tesoro dentro del cuerpo; la mató, la descuartizó, y la encontró enteramente igual a las demás Gallinas. Así perdió su fortuna.



¡Buena lección para los codiciosos! En estos tiempos, ¡a cuántos hemos visto que por querer hacerse ricos, de la noche a la mañana, han quedado sin blanca!



Febo y Bóreas

Febo y Bóreas vieron a un viajero, que se había armado bien contra el mal tiempo. Era a la entrada del otoño, cuando son más necesarias las precauciones; tan pronto llueve como hace sol, y la brillante cinta de Iris avisa a los perspicaces que en esa estación no está de más la capa. Nuestro hombre, pues, esperaba lluvias, y se proveyó de un capotón fuerte y grueso.

—Ha creído éste –dijo Bóreas–, que lo ha previsto todo; pero no ha pensado que, si comienzo a soplar, se irá al diablo su soberbia capa. Será cosa divertida ver sus apuros. ¿Queréis que probemos?



—Apostemos, sin gastar tanta saliva –contestó Júpiter–, quién de los dos arrancará más pronto ese abrigo a los hombros del satisfecho jinete.

Comenzad vos, os permito oscurecer mis rayos.

No hubo de insistir más, porque Boreas, en el acto, hinchóse como un globo y haciendo un estrépito de mil diablos, silbó, bramó, sopló, y produjo tal huracán que por todas partes derribó casas y echó barcas a pique: ¡no más que por una capa!

El jinete puso todo su ahínco en evitar que el viento hiciese presa en ella. Y esto le salvó. Bóreas perdió el tiempo: cuanto más se esforzaba, mejor se defendía el combatido caballero, bien rollado con el capotón. Cuando el soplador perdió la partida, Febo disipó el nublado, acarició e hizo entrar en calor al caminante, que al poco rato, sudando y trasudando, se despojaba del ya molesto abrigo.



Más vale maña que fuerza: lo que no pudieron violencias y furores, lógranlo suavidad y dulzura.



La liebre y la tortuga



No llega más pronto quien más corre: lo que importa es partir a buena hora. Ejemplo son de esta verdad la Liebre y la Tortuga.

—Apostemos –dijo ésta–, a que no llegarás tan pronto como yo a aquel mojón.

—¿Que no llegaré tan pronto como tú? ¿Estás loca? –contestó la Liebre–. Tendrás que purgarte, antes de emprender la carrera.

—Loca o no loca, mantengo la apuesta.

Apostaron, pues, y pusieron junto al mojón lo apostado; saber lo que era, no importa a nuestro caso, ni tampoco quién fue juez de la contienda.

Nuestra Liebre no tenía que dar más que cuatro saltos; digo cuatro, refiriéndome a los saltos desesperados que da, cuando la siguen ya de cerca los perros, y ella los envía enhoramala, y les hace devorar el yermo y la pradera. Teniendo, pues, tiempo de sobra para pacer, para dormir y para olfatear el viento, deja a la Tortuga andar a paso de canónigo. Parte el pesado reptil, esfuérzase cuanto puede, se apresura lentamente; la Liebre desdeña una fácil victoria, tiene en poco a su contrincante, y juzga que importa a su decoro no emprender la carrera hasta última hora. Regodéase paciendo la fresca hierba, y se entretiene, atenta a cualquier cosa, menos a

la apuesta. Cuando ve que la Tortuga llega ya a la meta, parte como un rayo; pero sus bríos son ya inútiles: llega primero su rival.

—¿Qué te parece? –dícele ésta–: ¿tenía o no tenía razón? ¿De qué te sirve tu agilidad? ¡Vencida por mí! ¿Qué te pasaría, si llevases, como yo, la casa a cuestas?

La corte del león



Su Majestad el León quiso conocer un día a todos los pueblos, de los que, por merced del cielo, era amo y señor. Envió, pues, una circular, autorizada con su regio sello, para congregar a sus vasallos de todas clases y categorías. Anunciaba la circular que durante un mes el Rey celebraría corte plena, que debía comenzar por un gran banquete seguido de las mojigangas de Fagotín[2]. Con estos rasgos de esplendidez demostraba el monarca su grandeza a sus súbditos.

Obsequioles en su palacio: ¡qué palacio! Verdadero muladar, cuyo tufo dio en las narices a todos. Tapóselas el Oso; ¡nunca lo hubiera hecho! Notose el ademán, y el monarca, irritado, enviole a los infiernos. Aprobó el Mono aquella severidad, y con baja adulación elogió la cólera y las garras del Príncipe, y la real caverna, y el hedor que exhalaba. No había ámbar ni flor alguna que a su lado no pareciese ajos y cebollas. Sus necias alabanzas no tuvieron mejor éxito; fueron igualmente castigadas; debía ser aquel León pariente de Calígula[3]. Llegole el turno al Zorro, y le dijo Su Majestad:

—¿Hueles algo? Dímelo con toda franqueza.



¿Qué le contestó el astuto animal? Que tenía un fuerte resfriado y no podía decir nada, porque había quedado sin olfato. Y salió del apuro.



Aprovechad esta lección. En la Corte, no seáis ni aduladores insulsos ni habladores imprudentes; y si os veis en algún aprieto, haceos el sueco.

[2] Fagotín era un mono, famoso entonces en París, y del cual habla también Molière en su *Tartufo*. [Nota de La Fontaine.]

[3] Calígula elevó a su hermana Drusila al rango de divinidad, y castigaba del mismo modo a los que lloraban su muerte, que a los que no la lloraban. A los primeros, por suponer que insultaban aquella apoteosis, y a los segundos, porque manifestaban no sentir su pérdida. [Nota de La Fontaine.]

LA LECHERA

Juanita, con su cantarillo de leche, bien puesto a la cabeza sobre el cojinete, pensaba llegar sin obstáculo a la ciudad. Caminaba a paso largo, ligera y corta de saya, pues sólo se había puesto, para estar más ágil, el refajillo y las sandalias. Así equipada, revolvía en su imaginación lo que sacaría de la leche y la manera de emplearlo. Compraba un centenar de huevos, hacía tres polladas; con su asiduo cuidado, todo iba bien.



—Cosa fácil es –decía–, criar los polluelos alrededor de la casa; por muy lista que ande la raposa, me dejará bastantes para comprar un cerdo. Engordarlo, es cuestión de un poco de salvado. Cuando lo compré ya era bastante grande; al revenderlo, me valdrá muy buen dinero. Y ¿quién me impedirá, valiéndome tanto, meter en el establo una buena vaca con su becerrillo, y verlo triscar en medio del rebaño?



Al decir esto, Juanita brinca también, llena de gozo. Cae el cántaro y se derrama la leche. ¡Adiós vaca y becerro! ¡Adiós cochino! ¡Adiós polluelos! La dueña de tantos bienes, mirando con ojos afligidos su fortuna por los suelos, volvió a excusarse con su marido, y se vio en peligro de una buena tunda.





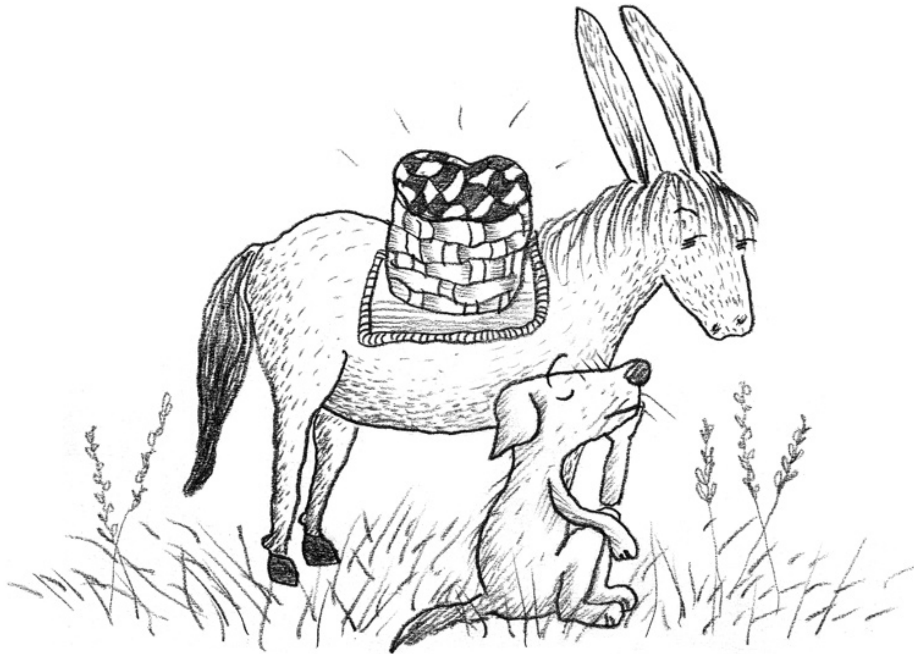
¿Quién no se hace ilusiones? ¿Quién no construye castillos en el aire? Todos, desde el soberbio Pirro hasta la Lechera; todos, lo mismo los sabios que los locos. Soñamos despiertos, y no hay nada más agradable; halagadoras fantasías se apoderan de nuestra alma; todos los bienes del mundo son nuestros entonces, riquezas, honores, mujeres. Cuando estoy a mis solas, soy tan valiente que desafío al más bravo, y voy a destronar al Sofí de Persia. Elígenme rey; mi pueblo adora en mí; llueven coronas sobre mis sienes. Pero, a lo mejor, cualquier accidente me vuelve a la realidad, y soy un pobre Juan lo mismo que antes.

El asno y el perro

Debemos prestarnos mutua ayuda; ley de la Naturaleza es ésta. Un Asno burlose de ella, y es cosa extraña, porque el Asno suele tener buen natural. Iba por el mundo, en compañía de un Perro, grave y silencioso, sin pensar en nada, seguidos ambos por el amo común. El amo se durmió, y el Jumento pasose a pacer: hallábase en un prado lleno de apetitosa yerba. No había en él cardos, pero resignose por entonces a esta falta; no hay que ser tan exigente; no porque falte ese plato ha de desdeñarse un banquete. Nuestro Borrico supo, al fin y al cabo, prescindir de él.

El Perro, muerto de hambre, le dijo:

—Camarada, bájate un poco y tomaré mi almuerzo del cesto del pan.



No contestó palabra el Asno; perder un minuto era para él perder un bocado.

Instó el otro, y al fin respondiole:

—Aguarda, amigo mío, que el amo despierte, y te dará tu ración; ya no puede tardar.

En esto sale del bosque un lobo y dirígese a ellos: un tercer hambriento. Llama el Asno al Perro en su socorro; el Perro no se mueve, y al fin dice:

—Aguarda, amigo mío, que despierte el amo, y entretanto, echa a correr. Si el lobo te alcanza, rómpele las quijadas de un par de coces: para eso estás recién herrado.

Mientras el Perro así decía, el señor lobo estrangulaba al infeliz Borrico.

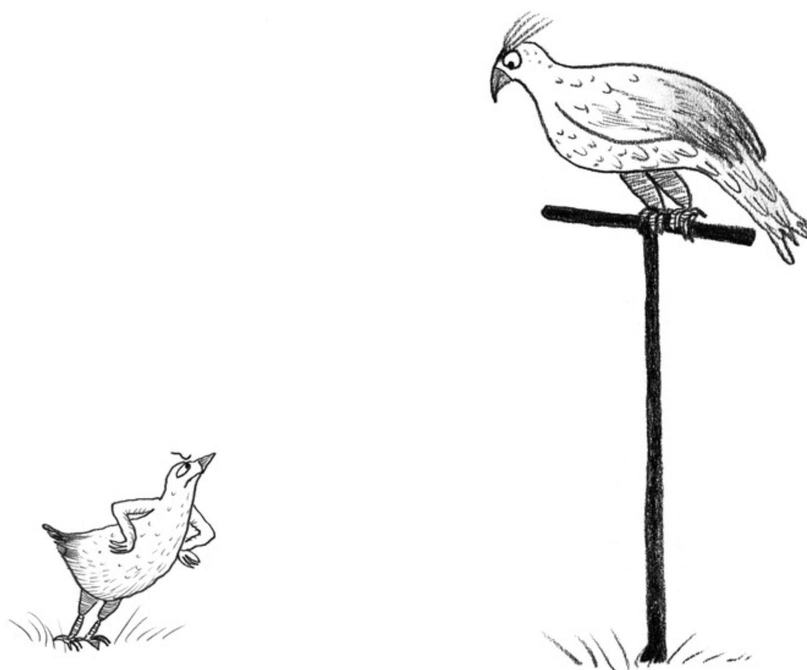
¿No hubiera valido más auxiliarse el uno al otro?

El halcón y el capón

A veces nos llaman voces muy cariñosas; pero no hay que fiar de ellas: muchas veces acierta quien desconfía.

Cierto Capón fue citado y emplazado ante el tribunal del cocinero. Llamábanle afectuosamente: «¡Chiquitín! ¡chiquitín!», pero él se hacía el sordo y echaba a correr.

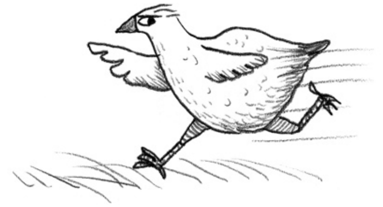
Mirábalo un Halcón, posado en su percha.



Por instinto o por experiencia tienen los Capones muy poca confianza en nosotros.

El de nuestro cuento, que a duras penas pudo ser atrapado, debía ser servido al siguiente día en un banquete suntuoso, bien condimentado y dispuesto en un hermoso plato, honor al que de buen grado renunciara el medroso volátil. El ave cazadora le dijo:

—Asómbrame tu menguado entendimiento. Gente grosera sois los Capones, sin educación y sin ingenio. Mírate en mí: voy a la caza, y después vuelvo a las manos del amo. Allí lo tienes, a la ventana; ¿no oyes cómo te llama? ¿Estás sordo?



—Óigolo muy bien –contestó el Capón–, pero ¿qué quiere de mí? ¿Te figuras que no veo al cocinero, armado con su cuchilla descomunal? ¿Volverías tú, si te esperasen de ese modo? Deja que huya: no te rías de mi indocilidad, que me pone en guardia cuando me llaman con tanta cortesía. Si vieras poner todos los días en el asador tantos Halcones como Capones yo, no me lo criticarías.

El lobo y el perro flaco

Habéis visto en otra Fábula que por más que hizo el Pececillo, lo echaron a la sartén[4]. Di a entender entonces que soltar lo que tenemos en la mano, con la esperanza de atrapar mejor presa, es gran imprevisión. El Pescador tenía razón; el Pececillo hacía bien: cada cual se defiende como puede. Ahora voy a robustecer lo que entonces sostuve con algún nuevo ejemplo.



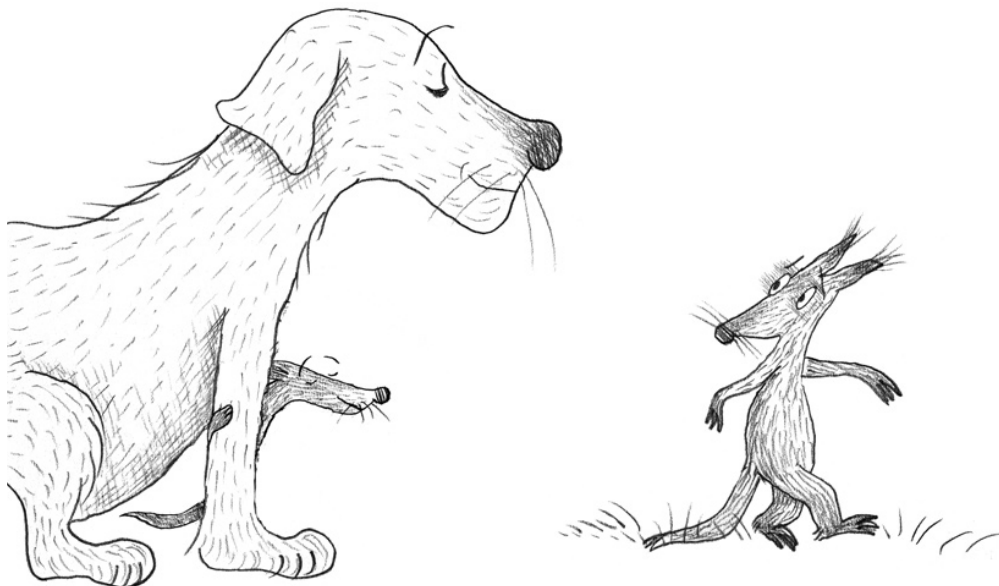
Cierto Lobo, tan torpe como cuerdo fue aquel Pescador, encontrando Perro lejos de poblado, arremetió contra él. Alegó el Perro su escualidez:

—Considere vuesa merced, decía, mi estado mísero; aguarde un poco para llevárseme: mi amo va a casar a su hija única, y claro es que, estando de bodas, he de engordar aunque no quiera.

Diole crédito el Lobo y lo soltó. Volvió a los pocos días para ver si su Perro estaba ya de buen año; pero el picarón se hallaba metido en casa, y a través de una verja le dijo:

—Voy a salir, amigo mío: aguárdanos; ahora mismo estaremos ahí el portero y yo.

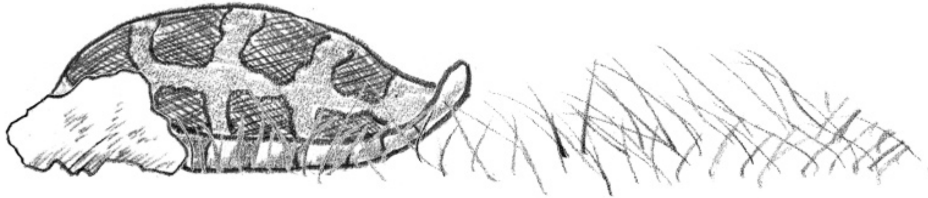
El portero era un perrazo enorme, que despachaba a los lobos en un santiamén. El rapaz se detuvo un momento, y diciendo después «dad expresiones al portero», echó a correr. Era ligero de piernas y también de cascos. No había aprendido aún bien su oficio de Lobo.



[4] La Fontaine se refiere a *El pescador y el pececillo*, fábula que no fue incluida en esta selección [nota del editor].

La tortuga y los dos patos

Era una Tortuga, ligera de cascos, que cansada de su escondrijo quiso ver mundo. Correr tierras extrañas halaga mucho, y los más cojos suelen ser los que menos gustan de su casa.



Dos Patos, a quienes la comadre comunicó sus propósitos, le dijeron que ellos podrían cumplirlos.

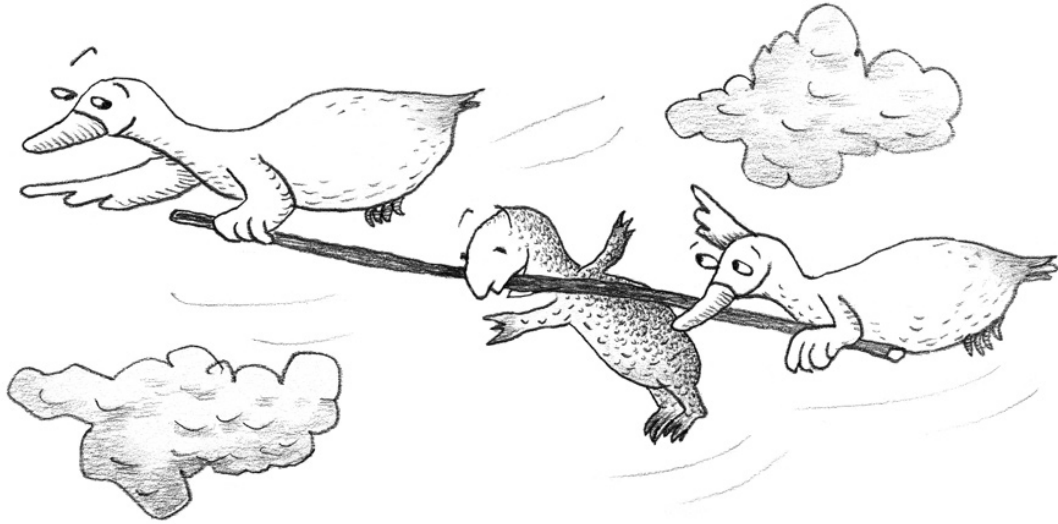
—¿Ves cuán despejado es el camino de los aires? Por él te llevaremos a las Américas; verás muchos pueblos, muchos reinos y repúblicas, y estudiarás con provecho sus diferentes costumbres. Lo mismo hizo Ulises. (¿Quién pensara ver mezclado a Ulises en este asunto?)

Hecho el trato, los Patos construyeron un aparato para conducir a la viajera. Pusiéronle en la boca un palo de través.

—Muerde bien –le dijeron–, y no sueltes bocado.

Después, cada volátil cogió el bastón por un extremo.

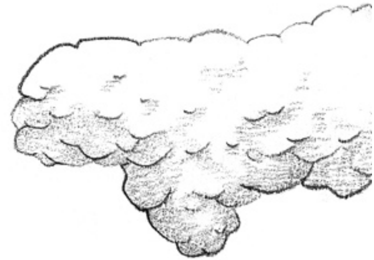
Hendió los aires la Tortuga, y asombrábanse todos al ver volar de aquella manera al pesado animal y su domicilio.



—¡Milagro! –gritaban–; venid a ver pasar por los aires la reina de las tortugas.

—La reina, sí, señores; soy la reina en efecto, no lo toméis a burlas.

¡Cuánto mejor hubiera hecho en pasar el camino sin decir palabra! porque, soltando el bastón al abrir la boca, cayó y se hizo tortilla en presencia de los que la contemplaban. Causole la muerte su indiscreción.

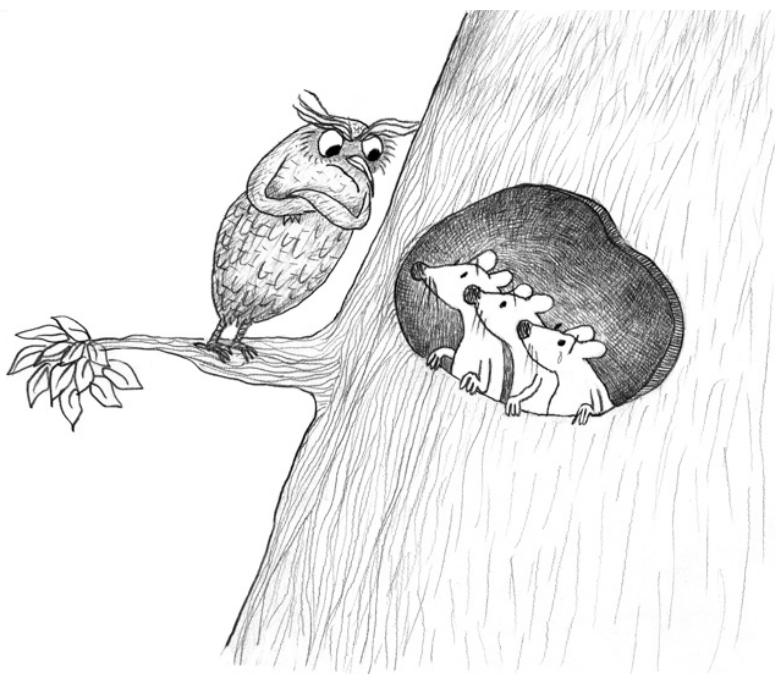


~

Imprudencia, charla, tonta vanidad y vana curiosidad, son primas hermanas: todas proceden del mismo tronco.

LOS RATONES
Y EL MOCHUELO

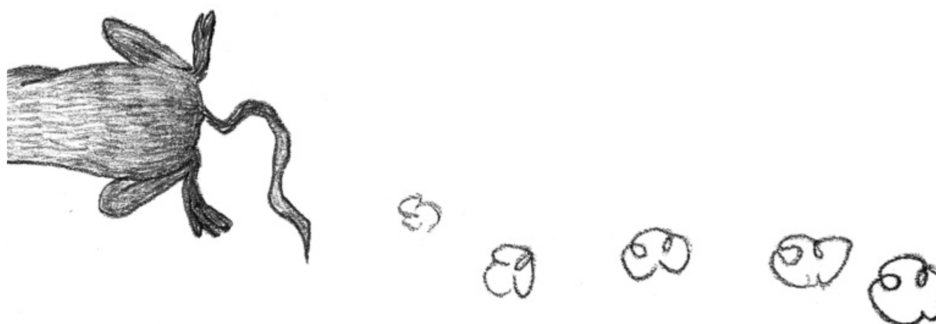
No digáis nunca: «Oíd este chiste; escuchad este caso portentoso.» ¿Quién sabe si a los que os atiendan les caerá en gracia? Pero esto no reza con lo que voy a contaros: es cosa extraordinaria y estupenda, y aunque parece fábula, verdad pura.



Derribaron un pino muy viejo, albergue lóbrego de un Búho, y del ave siniestra que Atropos escogió para intérprete y mensajera. En su tronco cavernoso y carcomido por el tiempo, ocultábanse, entre otros habitantes, muchos ratones, rechonchos de grasa, y sin patas. Cebábalos el Búho con montones de trigo y a picotazos los había mutilado. Aquel ave discurría; hay que confesarlo. Su compañero había cazado los ratones, y los primeros que cogió se escaparon del encierro. Para impedirlo, el bribón mutiló a todos los que cogió después, y privándoles de las patas, pudo comerlos cómodamente, hoy uno y mañana otro. Comerlos todos de una vez, no era posible, y le hubiera sentado mal el atracón; su previsión fue tan exquisita como puede ser la nuestra; llegaba hasta a procurarles víveres para mantenerlos. ¿Sostendrán los cartesianos, en vista de este ejemplo, que

aquel Búho no era más que un reloj y una máquina? ¿Qué mecanismo podía inspirarle el consejo de encerrar de tal modo a los ratones e imposibilitarlos para la fuga? Si esto no es discurrir, no entiendo lo que es discurso. Fijaos en su razonamiento.

—Cuando atrapo a estos animalejos, se escapan. Debo, pues, engullirlos así que los cojo. ¿Puedo engullirlos todos? No puedo. ¿Y no conviene también guardar parte de la presa para mañana? No hay más remedio, pues, que alimentarlos, sin que se escapen. ¿Cómo? cortándoles los pies.



Decidme si los hombres lo hubieran ideado mejor. ¿En qué supera la lógica de Aristóteles a la del Búho?[5]

[5] Esto no es fábula. El caso, aunque parezca portentoso y casi increíble, sucedió, en efecto. He llevado, quizás, demasiado lejos la previsión de este Búho, porque no pretendo conceder a los irracionales una argumentación tan sostenida y perspicaz como esta; pero a la poesía se le permite alguna exageración, sobre todo al género de poesía a que yo me dedico. [Nota de La Fontaine.]

El ciervo enfermo



Allá, en el país de los ciervos, cayó enfermo uno de ellos. Acudieron inmediatamente muchos camaradas a verle, a auxiliarle, a consolarle, por lo menos: importuna multitud.



—¡Ah, señores –decía–, dejadme morir en paz! Permitid que las Parcas me despachen en la forma acostumbrada, y cesen vuestros lloros.

Nada de esto; los consoladores cumplieron su deber tan a la larga como creyeron procedente, y no se marcharon hasta que Dios quiso. Pero no lo hicieron sin tomar un bocado, es decir, un pienso, en la pradera del enfermo, que quedó con las provisiones agotadas. No encontró nada qué comer, y este mal fue peor que el otro, pues tuvo que ayunar, y al fin, morir de hambre.

~

¡Cuánto costáis a quien os llama, médicos del cuerpo y del alma! Pero, por más que grito *O témpora, o mores*, todos reclaman la paga.

El zorro, el lobo y el caballo

Un Zorro, joven todavía, pero de los más solapados, vio por primera vez un Caballo, y dijo a cierto Lobo, aún inexperto:

—Ven: un animal gallardo y corpulento está paciendo en nuestra pradera: aun estoy encantado de verlo.

—¿Es más fuerte que nosotros? –preguntó el Lobo riendo–. Hazme su retrato.

—Si fuese yo pintor, o estudiante –respondió el Zorro–, te anticiparía el placer de admirarlo. Pero, ven. ¿Quién sabe? Quizás es una presa que nos envía nuestra buena suerte.

Fueron, y al Caballo, que habían llevado a pacer, le hicieron tan poca gracia aquellos camaradas, que estuvo a punto de tomar las de Villadiego.



—Señor –díjole el Zorro–, estos vuestros humildes servidores quisieran saber vuestro nombre.

El Caballo, que no era lerdo, les contestó:

—Leed mi nombre, señores: el zapatero me lo ha escrito en la suela del zapato.

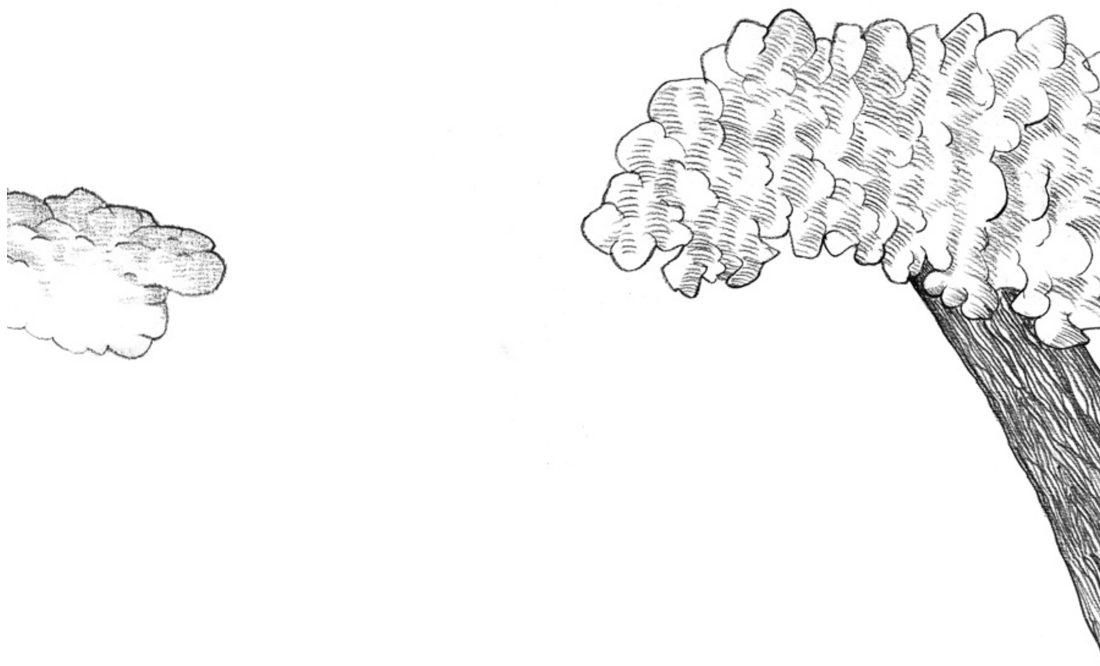
Excusóse el Zorro, porque tenía pocas letras.

—Mis padres –dijo– no me han enviado a la escuela; son tan pobres, que no tienen más que el rincón en que viven. Los del Lobo, que son gente de pro, le han enseñado a leer.

Lisonjeado el Lobo por aquellas palabras, se acercó. ¿Sabéis lo que le costó su vanidad? Cuatro dientes: el Caballo le dio un par de coces, y el infeliz rodó por tierra, maltrecho y ensangrentado.

—Hermano –dijo el Zorro–, esto confirma lo que dice el adagio: ese animal te ha dejado escrito en las quijadas que es de cuerdos desconfiar de los desconocidos.

El zorro y los pavos



Un árbol servía de ciudadela a unos Pavos contra los ataques de un Zorro. El pérfido rapaz dio vueltas y más vueltas a la muralla, y viendo a todos los centinelas en su puesto, exclamó:

—¿Se burlarán de mí esos insolentes? ¿Ellos solos escaparán a mis garras? ¡No, vive Dios!

Y cumplió lo que dijo.

La luna, brillante entonces, favorecía a la grey volátil contra su perseguidor. Pero él, que no era novicio en las artes del asedio, apeló a todas sus estratagemas; fingió que quería encaramarse al árbol, se irguió sobre sus patas, hizo después el muerto, y luego el resucitado. No hiciera tantas mudanzas y ficciones el mismo Arlequín. Levantaba la cola, hacíala relucir a la luz de la luna, y con estas y otras mojigangas no dejó dormir ni descansar a los Pavos. Fatigábalos el enemigo, manteniendo fija su atención en el mismo objeto. Los pobres, deslumbrados a la larga, iban cayendo, y conforme caían, eran inmolados. Cerca de la mitad sucumbió: fueron a parar a la despensa del Zorro.



Quien fija demasiado la atención en el peligro, suele caer más pronto en él.

GLOSARIO

LA CIGARRA Y LA HORMIGA
vituallas: comida.
«cuando comenzó a soplar el cierzo»: cuando comenzó el invierno. El cierzo es un viento frío que viene del norte.
«Os lo pagaré con las setenas»: te daré mucho más de lo que me diste.

EL CUERVO Y EL ZORRO
gallardo: elegante.
«sois vos el Ave Fénix»: ave fabulosa que los antiguos creyeron que era única y renacía de sus cenizas.
la presa: se refiere al queso.
adulador: quien dice cosas que pueden agradar al otro, no siempre con buenas intenciones.
«que no caería más en el garlito»: que no caería más en la trampa.

EL LOBO Y EL PERRO
mastín: perro.
pitanza: comida.

LA TERNERA, LA CABRA Y LA OVEJA, EN COMPAÑÍA DEL LEÓN
en tiempos de antaño: en una época pasada, hace tiempos.

EL RATÓN DE CIUDAD Y EL DE CAMPO
tapiz: paño grande tejido con lana o seda. En este se trata de un mantel.
comensales: las personas que están comiendo en una misma mesa, es decir, los dos ratones.

UN HOMBRE DE CIERTA EDAD Y SUS DOS AMANTES
«Tenía el riñón bien cubierto»: tenía bastante dinero, era rico.
«La una, verde todavía; la otra, más sazonada, pero que reparaba con auxilio del arte lo que había destruido la naturaleza»: una era más joven, la otra era más vieja, pero tapaba su vejez con cosméticos.

GRAN CONSEJO CELEBRADO POR LAS RATAS
«La rata decana»: la rata más vieja, la líder.
de pro: responsable, que produce confianza.

LA PERRA Y SU COMPAÑERA
«en estado interesante»: embarazada.
«le pidió que prorrogase el plazo una quincena»: le pidió que esperara 15 días más.
tuno: pícaro, mentiroso, bribón.
«andar a palos»: estar peleando siempre.

EL LEÓN Y EL MOSQUITO

paladín: caballero fuerte y valeroso que, voluntario en la guerra, se distingue por sus hazañas.
contornos: territorios.
«regio animal»: el animal rey. El león es considerado el rey de la selva.
clarín: se trata de una especie de trompeta que se tocaba durante la guerra, para animar a las tropas.

LOS DOS ASNOS: UNO CARGADO DE ESPUMA Y OTRO CARGADO DE SAL
asno: burro.
cetro: en este caso se trata de una vara o un palo. El cetro es una vara de oro que usan los reyes o emperadores.
corceles: caballos.
palmo: es la distancia que va desde el extremo del pulgar hasta el del meñique, estando la mano extendida y abierta.
«iba tan ligero como la posta»: iba sin peso y por eso podía marchar con rapidez.
sendas y vericuetos: caminos estrechos y empinados.
vado: lugar de un río con fondo firme, llano y poco profundo, por donde se puede pasar andando o cabalgando.
antojadizo: que tiene antojos constantemente, caprichoso.
«como asno de reata»: como viniera atado al primer burro.
«la pobre cabalgadura»: el pobre burro.

EL GALLO Y EL ZORRO
ladino: astuto.
«con voz meliflua»: con voz suave, dulce, delicada y tierna.
«fausta nueva»: buena noticia.
lebreles: perros de caza.
plácemes: felicitaciones.
Bribón: pícaro, deshonesto.
«contrariado y mohino»: disgustado y triste
«tomó las de Villadiego»: huyó, escapó.
machucho: experimentado y tranquilo.
azorado: asustado.

EL ZORRO Y EL CHIVO
«Si Dios te hubiese dado tan largos los alcances como la chotera»: si Dios te hubiera dado tanta inteligencia en lugar de estupidez.

LA RANA Y EL RATÓN
«no conocía Adviento ni Cuaresma»: era gordito, bien alimentado.
solazábase: descansaba.
nietezuelos: nietecitos.
sin reparar en el derecho de gentes ni en la fe jurada: sin importarle, con maldad.
milano: ave rapaz, cazadora.
añagaza: trampa.
perfidia: deslealtad, infidelidad, traición. El pérfido es el que se comporta así, con hipocresía y engaños.

El zorro de la cola cortada
desrabados: sin cola.
«senderos fangosos»: caminos embarrados.
algazara: ruido, gritería.

El caballo y el lobo
«la estación en que los blandos céfiros hacen verdear los campos»: la primavera.
«Fingiose alumno de Hipócrates»: fingió que era médico.
alifafes: achaques, dolencias.
«et pro Deo»: gratis.
Paraje: lugar, sitio.
«indicio seguro de alguna enfermedad»: que hace pensar que está enfermo.
propensa: con tendencia o inclinación a algo, que está en peligro de algo.
rocín: caballo.
coces: patadas.
«le hizo añicos»: le rompió.
atribulado: triste.
herbolario: aquí significa médico.
cortante: carnicero.

La gallina de los huevos de oro
apólogo: fábula.
codiciosos: con afán excesivo de riquezas.
«sin blanca»: sin dinero.

Febo y Bóreas
Febo y Bóreas: se refiere, en esta fábula, al sol y al viento, respectivamente.
La brillante cinta de Iris: el arcoíris.
Júpiter: es el rey de los dioses romanos.
«echó barcas a pique»: hundió barcos.

La liebre y la tortuga
mojón: se refiere a alguna piedra o poste.
pacer: comer.

La corte del león
mojiganga: obra de teatro muy breve, que hace reír.
muladar: basurero maloliente.
«Notose el ademán»: se dieron cuenta de que se había tapado la nariz.
cólera: rabia.
insulsos: sin gracia.
«haceos el sueco»: hacerse el distraído, aparentar que uno no entiende.

La lechera
«corta de saya»: que no llevaba falda larga.

refajillo: falda ligera.
raposa: zorra.
becerrillo: ternero.
triscar: retozar, caminar por ahí.
cántaro: vasija grande de barro o metal como la que se ve en el dibujo.
Pirro: se refiere a un general griego que era muy ambicioso y soberbio.
Sofí de Persia: Rey de Persia.

EL ASNO Y EL PERRO
«suele tener buen natural»: es naturalmente bueno.
cardos: hierba tierna y sabrosa.
borrico: burro.

EL HALCÓN Y EL CAPÓN
capón: pollo que se cría para comerlo.
tribunal del cocinero: el mesón de la cocina.
suntuoso: elegante.
de buen grado: con mucho gusto, de buena gana.
menguado entendimiento: poca inteligencia.
indocilidad: desobediencia.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO
imprevisión: no pensar en lo que pasará en el futuro, no tener en cuenta lo que puede salir mal.
robustecer: en este caso, se refiere a reforzar ese argumento. Insistir en el tema.
arremetió: lo atacó.
escualidez: flacura.
«vuesa merced»: su merced.
«diole crédito»: le creyó.
«de buen año»: gordo.
«ligero de cascos»: en este caso significa que no era muy inteligente.

LA TORTUGA Y LOS DOS PATOS
Ulises: también llamado Odiseo, es un héroe griego que viajó por muchos lugares.
«Hendió los aires»: se elevó.
«su domicilio»: se refiere a su caparazón.

LOS RATONES Y EL MOCHUELO
«albergue lóbrego»: casa oscura.
«ave siniestra que Atropos escogió por intérprete y mensajera»: en la mitología griega Atropos es la que decide el momento en que debe morir cada persona. Tenía un búho por mensajero.
cebábalos: los alimentaba.
«los había mutilado»: les había cortado las patas.
atracón: banquete, comilona.
víveres: alimentos.
cartesianos: se refiere acá a las personas incrédulas, incapaces de imaginación.

El ciervo enfermo

«permitid que las Parcas me despachen»: permitan que muera.

«como creyeron procedente»: como creyeron que era correcto.

«no lo hicieron sin tomar un bocado, es decir un pienso, en la pradera del enfermo»: antes de irse se comieron lo que había en la pradera donde vivía el ciervo.

El zorro, el lobo y el caballo

solapados: maliciosos, astutos.

lerdo: tonto.

de pro: que cumplen con sus obligaciones, que son responsables.

lisonjeado: adulado.

adagio: refrán.

El zorro y los pavos

«servía de ciudadela»: servía de hogar.

rapaz: lobo.

«la grey volátil»: se refiere a los pavos.

«no era novicio en las artes del asedio»: tenía experiencia en acechar, en cazar.

«apeló a todas sus estratagemas»: usó todos sus trucos.

«No hiciera tantas mudanzas y ficciones el mismo Arlequín»: intentó de muchas maneras, como Arlequín, que es un personaje teatral astuto, necio, intrigante e indolente.

«conforme caían, eran inmolados»: apenas caían, el zorro los mataba y se los comía.